

Nº 10 - 04.

- 26.

Lucio V. Mansilla



Un País sin ciudadanos

« ¿Porqué quieres dilatar tu propósito? Levántate y comienza en este momento y dí: ahora es tiempo de pelear, ahora es tiempo conveniente para enmendarme. »

La Imitación.



1.^a edición.



PARÍS

GARNIER HERMANOS LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

Lecmon 50-4-20

Un País sin ciudadanos

*A mi amigo e Ilmo. F. Bravo
salud y prosperidad!*

Lucio V. Mansilla



Paris

Un País *En 1.º de 1908.*

sin ciudadanos

« ¿Porqué quieres dilatar
tu propósito? Levántate y co-
mienza en este momento y
dí: ahora es tiempo de pe-
lear, ahora es tiempo conve-
niente para enmendarme. »

La Imitación.



1.ª edición.



PARIS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

Δ LA MEMORIA DEL INSIGNE PATRICIO

BARTOLOMÉ MITRE

Un País sin ciudadanos

« ¿Porqué quieres dilatar tu propósito? Levántate y comienza en este momento y dí: ahora es tiempo de obrar, ahora es tiempo de pelear, ahora es tiempo conveniente para enmendarme ».

La Imitación.

Libro dicen que es esto. Así será.

No discutamos.

Para mí es una conversación revista y corregida de las pláticas que he tenido en Buenos Aires, dulce tierra natal, durante mi última permanencia allí, tan corta desgraciadamente cuanto grata ; ¡ qué gente amable la del Río de la Plata !

No hablo con los letrados, no.

Hablo con el antiguo legislador que llaman vulgo, como diría Cervantes.

Hablo con el hombre de la calle, con el changador (1) de todo origen y nacionalidad, que está sentado en la esquina esperando... hablo con todos los que tienen orejas para oír.

El común de la gente sin saber griego ni latín, ¡qué digo! sin saber leer ni escribir, tiene instintos de adivino.

Así, cuanto se refiere á su interés, á su porvenir, y esto que voy diciendo y lo que

(1) « Changador », lo digo por los españoles que pudieran leerme, vale tanto como mozo de cordel en España, y changa no es en la Argentina como dicen Salvá y otros « changa » « broma » sino la acción de changar, es decir, el desempeño por un tanto de una comisión cualquiera.

se seguirá con otra cosa no se relaciona, el pueblo lo presiente.

Le hablo, pues, con entera confianza.

Teniendo que pasar algunas veces bruscamente de un asunto á otro, la unidad del discurso no será tan vivaz como lo querría, y esforzándome en ser lacónico, de cuando en cuando también, tendré que valerme de ideas implícitas, latentes.

Cuando no entienda bien, preguntará : ¿qué dice? Explíqueme.

Por otra parte, el pueblo de mi tierra me conoce como los porteños conocen la pirámide de la plaza de la Victoria, — persistiendo derecha. Me conoce de vista, de nombre, de reputación, y no ha de poner en duda mi palabra bienintencionada.

Lo que siento, y mucho, es no poder animar estas páginas con la vibración de

la voz, con el gesto y la actitud, con la mirada que le da á la palabra toda la eficacia de una expresión sincera.

* * *

Me apresuro á decir, — por lo del título, — que el lector se equivocaría grandemente si ya estuviera oyendo un grito de alarma excitando el patriotismo, que no ha menester de mis estímulos.

Cuando recuerdo que la Patria Argentina estuvo á punto de dislocarse, — pienso como el filósofo norteamericano, que dijo : *There is a special providence for little children and the United States*, que no se deshicieron con la formidable guerra de Secesión : « hay una Providencia

» especial para los niños y los Estados
» Unidos ».

Sí, yo no digo como Renán en una hora de tristeza infinita : « La Francia se muere, no perturbéis su agonía ». ¡Oh, no ! Mi acento no será el tono de desolación del que desespera.

Al contrario, yo creo en la grandeza futura del pueblo Argentino.

Soy un optimista, — no soy un pesimista.

Pero, en medio de nuestros progresos, me agitan inquietudes que son seguramente la preocupación constante de muchos de mis compatriotas.

Ellos también se han de preguntar lo que ahora yo pregunto :

¿ A dónde vamos ?

* * * *

Antes de contestar á tan grave interrogación necesitamos discurrir con detenimiento, — sintiendo yo, por mi parte, no poseer la sabiduría de Minerva ni tener el don de ver en la obscuridad del porvenir como el ave nocturna que es su emblema.

Adrede he escrito « necesitamos discurrir », en vez de poner « necesito ».

Porque por una ficción mental se me figura que estoy rodeado de un auditorio numeroso, cuya respiración oigo, cuyos movimientos veo, — auditorio que me escucha con atención indulgente, que está pensando como yo pienso y yo pensando

como él piensa ; con el que me parece estar identificado, por los mismos vehementes anhelos ; auditorio mixto, casi abigarrado, en el que lo alto y lo bajo, el que tiene y el que nada posee se codean ; auditorio, en fin, inteligente, intuitivo, con el que hasta por gestos podríamos entendernos.

¿ A dónde vamos ?

He de tener que repetirlo varias veces antes de que nos acerquemos al fin. Entonces hemos de ver que hay conexión, á veces estrecha, entre lo que al parecer no tiene afinidad alguna con el tema principal.

Por ejemplo : nuestros progresos, ¿ de dónde provienen ? ¿ Tenemos motivos para estar orgullosos de sus manifestaciones indisputables ?

* * *

Entendámonos.

Sí, el progreso es una ley, — para mí lo es, á tal punto, que en la evolución y transformación de las cosas cosmológicas, pretender evitarlo es como pretender alterar los fenómenos de la rotación sideral.

En esta inteligencia no tenemos por qué estar orgullosos. Sólo admito que lo estemos si examinando el uso que hemos hecho de esa ley, resulta que los móviles han sido nobles y virtuosos. Hasta en este caso mejor es no tenerlo. Se ha cumplido un deber.

Que el progreso es una ley de alterna-

tivas no me parece difícil demostrarlo.

Seré en esto, como en todo lo demás, sintético. Mi tesis es múltiple. Por eso lo que me propongo es apuntar hechos, determinando sobriamente las causas. En otros términos, no voy á ocuparme de las *numènas* de Kant, sino de los fenómenos.

* *

Desde que el hombre es habitante de nuestro planeta, y sea cual sea la cosmogonía, — que reivindique su aparición sobre la tierra, — todo es mutación, ó sea una perpetua palingenesia.

No me remontaré á la noche de los tiempos. Baste decir, que mucho que cree-

mos nuevo es antiquísimo. Los chinos conocieron la pólvora y el compás de marear antes que nosotros.

Toda mutación marca dentro de este orden de ideas un progreso.

He aquí una sucinta enumeración como corroborando lo que acabo de afirmar.

La invasión de los Bárbaros fué un progreso. ¿Por qué? Porque derrocó los dioses mosaicos del Capitolio. Porque derrocándolos permitió que se difundiera el cristianismo. De aquí una nueva concepción de la vida, de las relaciones entre los hombres, de la moral, — un nuevo ideal.

Las Cruzadas fueron un progreso, porque le revelaron el Oriente al Occidente, — y se lo revelaron hasta en detalles

económicos. Baste decir que los europeos no conocían el azúcar.

La invasión de los moros á España fué un progreso, porque á los iberos del terruño les llevaron una nueva cultura. Y la expulsión de los moros fué también un progreso. La Cruz tenía que vencer á la media luna.

El descubrimiento de América, con la colonización en el Norte y la conquista del Sur, fué un progreso.

La larga Revolución de Inglaterra fué un progreso. No se discute.

La emancipación del Norte y Sur de América fué un progreso.

La Revolución francesa, con todos los horrores del jacobinismo, fué un progreso, proclamando los Derechos del hombre.

* * *

Interrumpiendo la enumeración enunciada, hago notar que acabo de escribir dos palabras : colonización y conquista; porque sólo mediante ellas pueden explicarse ciertos hechos.

El inglés fué, en efecto, colonizador, y el español conquistador.

No creo que el alma del uno era mejor que el alma del otro. El uno y el otro querían lo mismo ; pero empleando distintos medios, los resultados tenían que ser diferentes, y lo fueron. El hombre aisladamente ó en conjunto es siempre hijo de las circunstancias. Robinsón, en la isla que conocemos, habría sido otro si hubiera

nafragado en las nieves del polo. El porqué de estos fenómenos es un misterio. Si los vientos no hubieran destruído la Invencible armada, hundiéndola en los abismos del insondable mar, no sería la Inglaterra de ahora. Sería otra Inglaterra.

Si los españoles hubieran conquistado el Norte y los ingleses colonizado el Sur, — es posible que no leyéramos á la hora de esta, verbigracia esto : « By the Monroe » doctrine the United States has preserved both the American continents from » European complications for almost a » century, except for the brief and unhappy episode of Napoleon III. » Lo que traducido reza así : Mediante la doctrina Monroe, los Estados Unidos han preservado ambos continentes Americanos de

complicaciones Europeas durante casi un siglo, excepto el breve y desgraciado episodio de Napoleón III. (El honorable señor Seth Sow, de Nueva York, autor de las palabras citadas, podría haber mencionado algunas otras excepciones en las que han sido parte los Estados Unidos exclusivamente, como cuando por la fuerza quisieron hacerle pagar al Paraguay una deuda más fantástica que real. Pero, qué quieren ustedes, esta doctrina Monroe de la que tantos hablan entendiéndola más ó menos, ó interpretándola según su interés, es como nuestros ya célebres artículos 5.º y 6.º de nuestra Constitución, — con los cuales, dada su elasticidad, tantas soluciones legales se les han dado á conflictos más opuestos ó inesperados.

* * *

Continúo enumerando progresos mundiales.

La Australia era un país de presidiarios cuando las colonias españolas de América se emanciparon. Hoy día es una confederación donde los ganados se cuentan por millones.

El Africa no ha mucho era un misterio, sólo se conocían sus costas, — por el tráfico de esclavos. Hoy día está medida, triangulada, dividida, repartida, — y acaba de ser teatro de una larga y costosísima guerra.

La Nueva Zelandia, ignorada hasta hace poco, surge del fondo de los mares

como una náyade coronada de pámpanos y de perlas. Es un emporio de riqueza y de libertad, donde hasta las mujeres gozan del sufragio activo.

¿Y el Japón?

Cuando Frecynet publicó hace como unos cuarenta años su libro sobre estas islas curiosas, ¿quién de su porvenir se preocupó; quien pensó que en hora inesperada en guerra morrocotuda con el pueblo más grande de la tierra, — los isleños diminutos de talla llegarían á hacer capitular á los defensores de Puerto Arthuro?

Todo progresa, pues.

* * *

Los argentinos progresamos, nos civi-

lizamos y visiblemente se puede observar cómo se difunde la cultura en nuestro suelo libre. De aquí surge un mundo de problemas. Si gobernar es prever hay que preverlos... El que nada tiene, puede esperar todo de la divina providencia. El que ya ha hecho su caudal debe velar por su conservación, — siendo legítima su ambición en el sentido de aumentarlo. Dios no ama á los holgazanes. Trabajar es orar. Ayúdate y el cielo te ayudará, es una máxima que nadie puede negar racionalmente. Yo columbro algunos de esos problemas á la manera de una imagen que se representa en el alma. Uno de ellos, lo diré de paso, relacionándose con el tópico principal de esta conversación, es de capital importancia. Es ni más ni menos la base en que reposa la civilización de

todos los pueblos libres, — el hecho central que ha sido la guía de su evolución partiendo de la horda salvaje hasta llegar á la sociedad organizada cristianamente. Ya se colige que me estoy refiriendo á la lucha entre la libertad del individuo y los intereses de la mayoría (al socialismo de buena fe), lucha que, en nombre de esos supuestos intereses, reduce, en no pocos casos, á una frase, y nada más, según el concepto de un pensador inglés, esa « libertad del individuo ».

* * *

Eran otros los tiempos, eran otros los hombres, eran otras las creencias predominantes. Pero, los cimientos de la anti-

gua Roma imperial, si bien se examina, no fueron zapados por una fuerza mayor. Son los que vienen, el numen, no los que se van, los llamados á afrontar y resolver sabiamente esos problemas, — en extremo complicados.

Mucho, mucho habrá que meditarlos para madurar las soluciones viviendo como vivimos en un siglo, mirad en torno, trabajado por « la más terrible de » las enfermedades del espíritu, el dis- » gusto de las religiones ». No es la libertad religiosa, sino la libertad irreligiosa lo que pide. Y no creer es caer. No abundan en el mundo los clarovidentes, — esos raros ingenios que hacen las circunstancias en vez de ser ellos su resultante. Confío empero, que surgirán en mi país. Ya surgieron dos que yo he conocido

personalmente. Eran muy diferentes. Cada cual vino en su hora. Se llaman Mitre y Avellaneda. Mitre tuvo la visión que nos dislocábamos definitivamente si las trece provincias (la Confederación del Paraná) no vencían hasta postrarla á la Provincia de Buenos Aires, segregada; ó Buenos Aires no concluía con el régimen imperante del otro lado del Arroyo del medio. Y fué Pavón, y Pavón es en el orden de las contiendas domésticas el Ayacucho de la Independencia. Avellaneda tuvo la visión de que había que concluir con lo que llamábamos guerra de fronteras (herencia de España), y armó y anduvo acertado el brazo de Roca, que sin Avellaneda no habría sido lo que fué.

Recordaré, porque pinta al estadista, un breve diálogo entre él y yo, cuando se

preparaba la famosa expedición al desierto de Roca (de la otra, de la de Rozas, que no tuvo éxito, habiendo hablado en mi « Ensayo Histórico psicológico » á él remito al que tenga curiosidad de conocer mi opinión sobre ella).

Hablando yo, movido por un sentimiento de emulación, — porqué no confesarlo, siendo humano, — me expresé así :

— ¿Y cuándo te cansas de darle plata á Roca?

— ¡Eh! Lucio, si le va mal, otro hará lo que el destino ha querido que él no haga, y sólo se habrán gastado unos cuantos millones en estudiar mejor la cuestión. Si le va bien, será Presidente de la República y bien gastado estará hasta el dinero que se haya derrochado en redondear la Patria realizando un ideal.

* * *

¡Qué expresión tan profunda! « redondear la patria realizando un ideal ». Es que si Avellaneda era casi infantil, teniendo costumbres de colegial y el fastidio de no ser alto de talla, — nunca jamás su pensamiento era trivial. Como si tuviera el presentimiento de que su vida sería breve, — vivía en una región elevada ambicionando dejar un nombre. Para él la patria no era, no podía ser noción concreta, cual lo es para el patriotismo de campanario. Tenía que ser lo que es, lo que debe ser. En el orden moral la libertad; porque el esclavo no tiene patria ni en su propio país. En el orden físico lo que sólo se di-

visa con el pensamiento á la manera que se divisan los espacios newtonianos. Hay así en el patriotismo algo de poético. Tanto que « el que ya no halla la patria á su alrededor la busca en su literatura; y allí la encuentra ». Gobernar, legislar, administrar resulta por ende una de las arduas funciones de los que alcanzan el insigne honor de representar al pueblo, — en las diversas ramas del estado. El presente es lo fugitivo. Hay que ponerse en el caso de que el tiempo corre, y calcular que corriendo se irán creando nuevas necesidades. La exigencia de hoy, exigencia que hay que satisfacer, — mañana será otra. Las más sabias leyes no pueden responder á lo que en el futuro resultará perentoria reivindicación. No hay más que ver lo que en el momento mismo en que

hablamos está pasando en los Estados Unidos del Norte de América. El presidente Roosevelt cuya actividad corporal no le va en zaga á sus expansiones mentales, — vive en comunión constante por la palabra con el pueblo, — decía el otro día, queriendo ensanchar los poderes del gobierno nacional : « Se trata, pues, de » ejercer todos los poderes del gobierno » con un espíritu de amplia interpretación ». (Y ¿en qué no se metará así el gobierno nacional y á qué quedará reducida la autonomía de los Estados?).

* * *

Los hombres que con Wáshington á la cabeza fueron los autores de la Constitu-

ción de aquel país extraordinario en todos sentidos, — habrán dudado de sus oídos si en las urnas funerarias donde reposan sus restos han resonado los ecos dictatoriales para no pocos (me refiero á la prensa), del arrogante presidente que bien puede ser que tenga á la espalda como fuerza electoral á la gran mayoría de sus paisanos. Su campaña contra los archimillonarios, al parecer, le ha granjeado admiración y simpatía.

Es tan difícil gobernar con acierto, atinando, que los gobernados, — si la intención del que manda ha sido buena, no deben ser excesivos en sus censuras. Sí, es tan difícil gobernar, que Herbert Spéncer, disertando sobre los « pecados de la legislación » (no recuerdo en cuál de sus libros, cito de memoria) dice : durante un lapso de

tantos años se han dictado en Inglaterra alrededor de cuatro mil leyes. Dos mil eran reclamadas por la opinión; mil el gobierno las creyó prudentes; mil fueron dictadas contra viento y marea como leyes de previsión. El resultado es que son las últimas mil, no todas, las que han servido de algo. Las otras han caído en desuso. (En Inglaterra no se derogan las leyes, caen en desuso, y es como si no existieran).

* * *

Hemos de ver antes de repetir la interrogación : « A dónde vamos », hasta qué punto fueron imprevisores algunos de nuestros estadistas, los más versados en materia política; estadistas por los cuales

hay de una parte tanta idolatría inmerecida como preocupación exagerada de otra. No seré prolijo. No es este un proceso. Me bastarán unos cuantos ejemplos. Abro para ello la Constitución. Sus autores fueron la flor y la nata de todo lo que había de más principista en tiempo de Rozas, dentro de la órbita de los que le combatieron. Y arranco de aquí porque así le cuadra á mi propósito. No estoy escribiendo Historia Argentina. El pasado que me interesa son exclusivamente aquellos hechos concomitantes y conexos con el porvenir; no habiendo efecto sin causa inmediata ó mediata.

Se dictó la Constitución en Santa Fe. Buenos Aires no la aceptó. Se segregó. Tuvi-
mos guerra civil. Se intentó dirimir la con-
tienda. Se reunió otra vez en Santa Fe una

Convención para revisar aquél Código, como en efecto lo hizo con satisfacción aparente de las partes disidentes, — que fatalmente debían desenvainar las espadas fraticidas en Pavón.

Se estudiaron las enmiendas (yo estaba allí como secretario con Carlos Saravia, del que he trazado un perfil en mi libro « Retratos y Recuerdos ». Y por moción creo, no hago memoria con seguridad, del general Victorica, fueron aclamadas.

Todo el mundo como en la actual conferencia de La Haya tenía prisa de mandarse cambiar por muy buenas y obsequiosas que fueran las damas de Santa Fe, siendo aquella cita nacional como ésta tan carecada, el *rendez-vous* de la hipocresía refinada.

Ahora mismo considero que muchas

de las enmiendas eran innecesarias y que otras fueron inconducentes ó mal inspiradas, por ejemplo, las referentes á los artículos 5.º y 6.º.

Pues bien, ni primero ni después, ni cuando se dietó ni cuando se reformó la asendrecada Constitución, nadie pensó en que podía acontecer que el país estuviera sin gobierno durante algunos días (pudo estarlo durante algunos meses, si el general Mitre mientras le llegó la noticia, entonces no había telégrafo, eae para no levantarse más herido por una bala paraguaya).

El vicepresidente, — en tanto el general Mitre guerreaba acaudillando las huestes alistadas contra López, — murió casi repentinamente. Era el coronel don Marcos Paz, doctor también en Derecho, hombre de

mérito. La Constitución no decía jota de lo que en un caso semejante debía hacerse. Tuvo, pues, el general Mitre, en vista de esta emergencia, no habiendo provisión legal en contrario, — que abandonar el mando supremo del ejército aliado. En el orden militar una de las consecuencias fué la prolongación de la guerra. En el orden político escisión de trascendencia. Es página curiosa é interesate de nuestra historia electoral; pero que no tiene lugar aquí. En el orden legal, lo que vino es lo que se conoce por ley de acefalía. Sólo una peste puede dejar al país sin cabeza ahora después de esta ley.

* * *

Según se ha visto, dos Congresos no vislumbraron una posibilidad.

Así como en la base de toda cuestión de morfología, se halla la célula, primer elemento de toda organización, — así también en toda cuestión social hay un protoplasma que no se ve con el microscopio aunque camine. Son las ideas. Platón las llamaba imágenes. No debe sorprender entonces que el autor de esa idea, origen de la imagen que se tradujo en el artículo 75 de la Constitución, no viera lo que con el tiempo y la fatalidad de los sucesos se vió. Es que Alberdi (ya se habrá caído en cuenta que es á él á quien me estoy refiriendo), en-

carneaba el prototipo del ideólogo. No era una entidad armónica. Estudiándolo á fondo, no superficialmente como lo hice yo en mis « Retratos y Recuerdos », se comprende bien la exactitud de la observación aplicable á un hombre con poca talla y muchas ideas : por los defectos de las cosas se reconoce la correlación que existe entre el cuerpo y el alma. A un orador jorobado se le halla en sus discursos y en sus obras, dice Emerson. Alberdi realiza el fenómeno. Era liberal, no cabe duda. No hay más que leer sus polémicas con Sarmiento, — polémicas como ya no vemos ahora, porque ciertos tipos geniales, ó se van, ó se confunden con la generalidad. Diríase que se tiene miedo de ser original, en lo cual puede haber un poco de disimulo : quizá esa prudencia consiste en ocultar

á tiempo lo que puede hacernos fuertes ó temer.

* * *

No hay idea actualmente, afanada la gente ahí en otras empresas, de los errores en que Alberdi incurría. Yo que le conocí de cerca, me suelo preguntar leyendo algunas páginas suyas, elegantes, ágiles, correctas, intensas ¿es posible escribir así, elevarse tanto, y ser un ingenuo, un tilingo, como decimos los americanos? Y mi contestación es afirmativa.

Es casi inverosímil el mal que Alberdi, espiritista (1) también, ha podido hacernos.

(1) Formalmente me decía en París : « Yo hablo con los muertos... »

Por suerte no pasó con esto lo que con el artículo 75. Los que debían juzgar vieron y le dijeron no, á este liberal que se iba á la otra alforja, — no por falta de patriotismo, sino por deficiencia en la visión y quizá por un motivo sentimental; — siendo como era íntimo amigo del banquero español Gil, establecido en París. En las curvilíneas del alma humana puede haber de estas complicaciones inescrutables, enigmáticas como las propiedades prodigiosas del radium, que nadie sabe, hasta ahora, si es un cuerpo compuesto ó simple.

Fué así el autor de las « Bases » el mismo hombre que en 1857, cuando de un lado estaban el gobierno del Paraná y del otro el de Buenos Aires, cada cual con representación exterior, — quien firmó el artículo 8.º del Tratado con España que

el Congreso de los 13, como entonces se llamaba, rechazó.

Decía, como va á verse, bastará leerlo para darse cuenta de su trascendencia, tanto mayor, cuanto que nuestros orígenes coloniales son españoles :

» Los hijos de españoles nacidos en el territorio de la República Argentina seguirán la nacionalidad de su padre durante la menor edad. En saliendo de la patria potestad tendrán derecho á optar entre la nacionalidad española ó argentina.

» Aquellos españoles que hubiesen residido en la República Argentina y adoptado su nacionalidad, podrán recobrar la suya primitiva si así les conviniera, para lo cual tendrán un plazo de un año los presentes y de dos los ausentes. Pasado este término se entenderá definitivamente

adoptada la nacionalidad de la República.

» La simple inscripción en la matrícula de nacionales que deberá establecerse en las legaciones y consulados de uno y otro estado será formalidad suficiente para hacer constar la nacionalidad respectiva.

» Los principios y condiciones que establece este artículo serán igualmente aplicables á los ciudadanos argentinos y á sus hijos (gran puñado son tres moscas) en dominios españoles ».

(Para los que estamos familiarizados con el estilo técnico de Alberdi, desde luego el olor que le tomamos á esa redacción es á cancillería de España).

* * *

Viene aquí como pedrada en ojo de boticario un diálogo entre dos personajes eminentes, por diversos estilos.

Era allá por 1868.

Tengo tantas confidencias directas y reflejas de uno de ellos, que me complazco íntimamente al mentar esto en honor suyo.

El almirante español don Casto Méndez Núñez, de visita un día en casa del general Mitre, entonces presidente de la República, díjole :

— Y, señor presidente, ¿ cuándo aprobamos nuestro Tratado ?

Se refería al Tratado celebrado por la

Confederación con España y no ratificado por el Congreso Argentino (á que acabo de referirme), una de cuyas cláusulas, ya se ha visto, estipulaba que los hijos de españoles nacidos en la República Argentina serían españoles.

— Antes de aprobarlo, contestó el general, quemaremos el país por las cuatro puntas.

Y como el almirante interpusiera una expresión de sorpresa, el general se apresuró á completar su pensamiento :

— Siempre será preferible perder la nacionalidad peleando por ella en los campos de batalla, que renunciarla por un tratado.

Méndez Núñez se puso grave y dijo pausadamente :

— Tiene usted, razón, general.

Así habrían hablado dos espartanos, — sin énfasis, como hablaron estos dos hombres fuertes; soldados, que no habían pestañeado ante ningún peligro de mar ni de tierra: porque para el espartano el patriotismo resumía la religión.

* * *

Mitre amaba al extranjero.

Pero era muy radical en punto á nacionalidad.

Departiendo en una ocasión yo le dije :
« No sé si habría sido un bien ó un mal
» que los ingleses nos conquistaran en
» 1807; lo que sí sé es que si nos hubie-
» ran conquistado no seríamos lo que so-
» mos, sino otra cosa ».

Lacónicamente me contestó : « Siempre » es un mal dejar de ser por la fuerza lo » que uno es. »

* * *

Con ser tanto lo que ya se ha escrito sobre este patricio ejemplar, — todavía no se ha entrado en lo que llamaré su psicología analítica. Y, lo digo sin jactancia, creo que soy uno de los poquísimos contemporáneos suyos que podría hacerlo con cierto éxito. Porque don Bartolo era varias entidades : él, el hombre íntimo, el literato y el guerrero.

No siempre estuve bien con él, — leyes del destino, — mas esto no me impidió estudiarlo, observarlo, desde antes de Pavón,

recibir con intermitencia sus confidencias ó en sorprender los secretos de su pensamiento recóndito. En sus últimos años nadie tenía por eso más libertad de conversación en su mesa, rodeado de sus hijos, de sus amigos, de sus parientes, de sus íntimos, que yo.

Era un rasgo característico en él, tan reservado, la sinceridad explosiva cuando estallaba en una protesta de convicción : « No, le decía en el Rosario después de Pavón, en la mesa, rodeado de veintitantos jefes y oficiales, al digno general Gelly y Obes, imponiéndole silencio ; no, los federales han derramado más sangre que los unitarios, eran más ; pero esta escuela abominable del robo administrativo, eso ha venido de las murallas de Montevideo. »

* * *

Volviendo á Alberdi el ingenuo, ó el tilingo, *as you like it* él dió la fórmula, « gobernar es poblar », fórmula que está expuesta *in extenso* en el preámbulo de la Constitución; que llama á « todos los » hombres del mundo que quieran habitar » en el suelo Argentino »

« ¡ Un ingenuo, ó un tilingo ! » Necesito ante esta equivalencia cuya afirmación categórica sorprenderá á algunos, explicarme, no siendo una de esas verdades que están en el aire al alcance de todos los que sin filosofar pueden ver.

Alberdi combatió á Rozas, sin tregua, formando parte de la pléyades de Argen-

linos que hicieron su cuartel general en Chile, — sirviendo los unos á los que mandaban, como Sarmiento, que era un autoritario; los otros, como Mitre, á las tendencias liberales de la oposición.

Caído Rozas se refugió en Southampton, alojándose precisamente en un chalet que Máximo Terrero, piloteado por mí, que hablaba inglés, le alquiló.

Vino Alberdi á Europa, comisionado por el gobierno del Paraná. Tuvo curiosidad de ver á mi tío (1), y le vió. No se sustraía á estos deseos. Al contrario, parecía complacerse en que le oyeran, no rehuyendo el tema de cómo había gobernado, que diestramente provocaba.

(1) Como estoy hablando familiarmente con mis paisanos así me expreso, siendo sobrino carnal del famoso dictador, circunstancia que el lector de otras tierras ignora, es seguro.

Hablaron. En pocas horas el dictador le convenció de que había hecho el mejor gobierno posible. Alberdi murió convencido de ello. Si esto no es candor ó tilin-guería que me lo claven en la frente.

Es claro que mi afecto por el hombre que me tuvo sobre sus rodillas, cuya sangre tengo, á quien amé y sigo amando (cómo inventarme un odio teórico), nada tiene que hacer con mi criterio político y filosófico sobre sus veinte y más largos años de estéril dictadura ó tiranía. El nombre nada importa, ni le da ni le quita al hecho, tanto más cuanto que no fué un solitario en la escena de tanta sangre de-rramada. Tenía á su alrededor y á la es-palda la mayoría del país. Era pues, en este sentido, un representante genuino suyo. Pero ¿por qué no se sirvió del pres-

tigio, de la autoridad, del poderío, de la fuerza que esa mayoría le daba para hacer lo que hizo Urquiza, es decir, mandar que se dictara una Constitución?

No puede levantarse este cargo.

Ya que no lo levanto, diré que contemplando el pasado, aquella época luctuosa, lo que me asombra es que teniendo Rozas tanto poder como tenía, la suma del poder público nada menos, y no usurpada, sino casi impuesta por la ley, — lo que me asombra, repito, es que no abusara más de tamaña facultad extraordinaria.

Aquí necesito hacer una breve reflexión. Parafraseando así á Buckle, en su monumental « Historia de la Civilización en Inglaterra » diré que es muy difícil comprender que más de medio siglo atrás, el espíritu público (argentino), pueda haber

estado en tinieblas como las que envolvieron á nuestro país en esas horas de luto. Y más difícil todavía es comprender que ese estado de obscuridad mental lo compartieran no sólo hombres de educación ordinaria, sino los de talento notable, muchos de los cuales sostuvieron á Rozas. De donde resulta que sólo espíritus muy levantados, y hasta indulgentes, pueden comprender que haya habido una época en la que los más pueriles absurdos fuesen recibidos como verdades ó cosas razonables. Y más resulta para mí : lo inoficioso del empeño de algunos en descartarse de responsabilidades que no tienen, que si hay atavismo psíquico fisiológico, — no lo hay en el orden político.

Digo así, que en este caso, como en todos los que se relacionan ó implican crímenes

y delitos, — puede haber, y las hay, circunstancias atenuantes. Nada más. Pretender suprimir el hecho es un imposible. Hay que sentenciar. El juez concienzudo, humano, pensará: condenaré á este delincuente al *mínimum* de la pena, sintiendo que no haya todavía una pena menor.

Los historiadores (están apareciendo, algunos me hacen el efecto de Ferrero en miniatura), no arribarán, me parece, á convencer, sino á los que de antemano están convencidos, — imbuídos de prejuicios heredados, ó cohibidos por preocupaciones inveteradas. En esta suposición hay que recordarles tanto á los que defienden como á los que atacan que « cuando la » convicción es una mentira, la persuasión » es una perfidia ».

* * *

Gobernar es poblar.

¿ Con qué ?

No lo dijo Alberdi, ó porque lo creyó inútil, ó porque impresionado por nuestras vastas soledades, — gentes que las habitaran era lo primero.

Pero es claro que en ese gobernar es poblar, — falta esto : con ciudadanos, lo cual no implica excluir al extranjero.

Efectos del preámbulo y de nuestras necesidades : hemos llamado al extranjero, le hemos pagado porque venga, le hemos indicado el camino de todos modos. El extranjero ha respondido con más ó menos espontaneidad. Ha sido nuestro cola-

borador, — tan eficaz colaborador, que sin su cooperación no habríamos hecho lo que hemos ya alcanzado á la hora de esta. Y el extranjero continúa siendo un factor primordial en la ecuación de nuestras necesidades. El país sigue desierto en medio de su gran prosperidad. ¡Es tan dilatado! De este estado de cosas surgen muchos problemas difíciles todos, siendo, como son esencialmente sociológicos. Habrá que abordarlos con tiempo. Por lo mismo que son graves sin grandes vacilaciones. He de mencionar uno que otro de ellos, — con la esperanza de que no será estéril la semilla que voy arrojando.

* * *

Veamos.

Llega el extranjero á nuestras playas.
Mira al cielo, lo halla hermoso, porque
lo es.

Observa la rosa de los vientos en todas
direcciones y piensa : este país es habitable
y cultivable de un ámbito al otro.

Aquí hay para el siciliano que quiere calor, y para el filandés que quiere frío ; aquí hay para todas las idiosineracias de raza y de nacionalidad; aquí hay para todas las inclinaciones y aptitudes al trabajo; aquí hay, en fin, para todo el que tiene brazos.

Los alimentos no son caros, los salarios son elevados, más elevados que en Eu-

ropa, excepto cuando se trata de trabajo artístico especial.

Le llegará su momento á eso.

Sigue hablando consigo mismo el extranjero, ó se está enterando, otros que ya conocen el terreno, le dicen :

Los impuestos son algo pesados (¿dónde no lo son?).

La justicia es lenta, es cara, es mala (¿dónde no deja qué desear? sólo en Inglaterra, donde tampoco es barata, medio realiza un *desiderátum*).

Y el hijo del país, el criollo ¿qué tal es?

Es bueno.

En efecto, somos tan buenos, que después de una revolución, los vencedores andan buscando colocación, empleo para los vencidos; muchas veces empeñándose

con los bancos, que á ellos no les dan, para que les dén á otros.

Prosigue el extranjero : el hijo del país me hace la policía urbana ; me hace la policía rural ; me hace la policía internacional, es decir, que si hay guerra él marchará á la frontera, no yo. Ya no hay ni la tentación del enganche, como antes, para los espíritus un poco aventureros, — han obligado á los criollos, arrebatando energías al trabajo, donde faltan, impresionados por unos fantasmas que agitaban los brazos sobre las breñas enhiestas de la Cordillera con amenazas de bajar y devorarnos... han obligado á los criollos, á ser soldados de línea (1).

(1) Yo he considerado y sigo considerando la Ley ésta inconstitucional. Habría preferido si se la creyó absolutamente necesaria, ver reformada

No se detiene ahí.

Sigue discurriendo.

Puedo ser empleado nacional, provincial, municipal, no hay rama en los servicios públicos que me esté vedada.

la Constitución (que está llena de cláusulas que claman las unas modifíquennme, las otras suprímanme). En todo caso, si todo el mundo ha de estar armado, siendo criollo, el sistema suizo es más racional que el que hemos implantado. Me gusta el del Canadá. Se diferencia de el de los Estados Unidos, en cuanto las provincias (*provinces*), no tienen el poder (*power*), de organizar y mantener una fuerza militar. Es asunto eminentemente nacional. No sucede lo mismo, — y me parece bien, — con la inmigración, que es negocio nacional y provincial. El principio en el Canadá para concluir esta nota es : nada de *conseripción*. Era el nuestro. La milicia (Guardia Nacional), rivalizó brillantemente con la tropa de línea. Era popular como lo es en el Canadá, donde el gobierno nacional sólo mantiene una fuerza permanente y el Colegio militar de Kingston para la instrucción de aquélla (la milicia), infantería, caballería, artillería, ingeniería, cuerpo médico, ambulancia, transportes, etc.

Gozo consecuentemente de todos los derechos y garantías que la Constitución y las leyes le acuerdan y aseguran al hijo del país.

Tengo todavía el beneficio de elegir el estrado, donde han de ventilarse mis que-
rellas, — la justicia concurrente si tengo
que pleitear. ¡ Pues es nada !

Tengo el cónsul, el ministro, la flota de
mi país.

Tengo la preocupación europea, — pre-
ocupación, que consiste en que aquí en
Europa (y hasta en los Estados Unidos del
Norte), creyendo que estos países de sur
América son semibárbaros, no es teme-
rario suponer y admitir que en una disputa
entre un criollo y un extranjero es éste
el que probablemente tiene razón.

Porque aquí en Europa si hay sabios pro-

fundos, — son viejos y muchos, tiempo han tenido de formarlos, — también en la ciencia hay acumulación, cierto anatocismo. — no hay gente muy informada.

Aquí nadie se desacredita por ignorar dónde está Buenos Aires, que muchos creen en el Brasil, ó dónde está San Pablo, que algunos suponen en Bolivia.

¡Pero guay! del que no sepa dónde está, por ejemplo, Boulogne sobre el Mar. ¡Qué deshonra intelectual!

* * *

No acaba ahí la meditación del extranjero : se siente, se palpa, y como tiene una conciencia, conviene consigo mismo en

que las auras de América le han infundido algo como el soplo de una nueva vida moral; vale decir que el bienestar, la libertad amplia, que es su ambiente, le han perfeccionado, y que si emigró con la idea de regresar, — echadas sus cuentas concluye de esta manera :

Me quedo ; pero no me conviene ser argentino, no me nacionalizo.

Aquí está el nudo gordiano que hay que desatar, teniendo, como tenemos, necesidad de aumentar el número de los ciudadanos ; que igualar las cargas y tirar lo más parejo posible ; y al mismo tiempo teniendo, como tenemos, necesidad de que el extranjero, los brazos, sigan afluyendo á nuestras playas y difundiéndose por nuestras desiertas comarcas tan ricas, como que en sus entrañas fecundas de

todo hay y fácil de obtenerlo con poco esfuerzo.

No se me oculta que la obra es espionosa, que requiere estudio, sinceridad, desprendimiento también. Pero repito con el epígrafe : « ¿ Por qué quieres dilatar tu propósito ? Levántate y comienza en este momento... »

* * *

No se puede suprimir el pasado ni se pueden dictar disposiciones con efecto retroactivo. Estamos ligados por promesas. Pero así como en política la estrechez de miras es considerar á tal ó cual país como destinado á ser un eterno aliado, así también hay miopía en considerar á

ciertos pueblos como eternos enemigos. Ningún país tiene aliados perpetuos ni perpetuos enemigos, Sólo los intereses de la nación son perpetuos. El tiempo tiene sus exigencias, y si el pasado obliga, el porvenir obliga también. Hay siempre una solución para las cosas humanas.

Con que á ello.

* * *

Tengo que traer á colación otras reminiscencias históricas. Algo de ello no está en los libros, sin dejar de estarlo, hay que leerlo entre renglones. Yo lo he leído.

Esto dicho, confío que no me colocarán ustedes en la categoría de los *quidnunc*.

Las diferencias específicas á que me he referido más arriba al decir que el inglés fué colonizador y el español conquistador, tenían forzosamente que determinar procedimientos opuestos al declararse independientes las gentes del Norte y las del Sur de América, ó mejor dicho, lo sajón y lo Ibero, — Méjico, inclusive, estando en la región Septentrional del Continente.

Cuando los colonos que hoy son los Estados Unidos se emanciparon, proclamándose independientes, pensaron :

La madre patria considerada territorialmente es un pigmeo con relación á nosotros ; del punto de vista de la población es un coloso.

Si los ingleses se dan cuenta de la causa principal de su derrota, estamos expuestos á que intenten una reconquista.

Y en efecto, Inglaterra no tardó en ver que si hubiera tenido en sus colonias de América, como en la India, un lord Clive, — y no unos generales incapaces, otra habría sido la suerte de sus armas.

Indéntica cosa puede decirse de nosotros: no nos habríamos emancipado sino más tarde, si los españoles hubieran tenido un hombre.

Pues ¿no nos dejaron organizar tranquilamente de este lado de los Andes el ejército libertador?

Por donde pasó San Martín ¿por qué no pasaron ellos? De aquel lado había más recursos que de éste. Bajar era entonces más fácil que subir.

Por eso quizás (no es tema para dilucidarlo en dos palabras, me faltan aquí muchos datos), era más seguro el plan de

Alvear. Él quería, marchando al norte, interponerse entre los godos (así se decía) de Chile y los del Perú.

Sea de esto lo que fuere, los que ahora englobamos en la denominación de *yanquis*, — y que si no se emancipan entonces se habrían emancipado después, — pensaron bien, conocían sus antiguos patrones.

El sentimiento de la independencia no los había ofuscado; reconocían sus errores, lo confesaban; veían la posibilidad; se preparaban.

Razón tenían; porque Inglaterra, así que vió pensó en la reconquista.

Pero el hombre extraordinario que ocupaba y preocupaba la atención de Europa, del mundo entero, Napoleón, absorbiéndola, no le permitió acometer

la empresa, — tentadora, porque las discordias civiles no faltaban.

Admitiendo, pues, la posibilidad, el patriotismo previsor se dijo :

Aníbal *ad portas*, ó lejos, tenemos que poblar estos desiertos, sólo así llegaremos á ser lo que podemos y lo que debemos ser.

Emerson en alguna parte los tilda de fanfarrones. — No tanto.

No los vemos convertidos en potencia mundial conquistando nuevas tierras y preparándose Dios sabe para qué.

Y ¿ con qué los hemos de poblar ? proseguía la tan grave meditación.

¿ Con qué ?

Es claro como la luz del medio día : con ciudadanos.

¿ Por qué ?

Porque al extranjero, en general, poco

le importa el yugo que oprime al hijo del país. En teniendo él ciertas garantías eficientes, lo otro, la suerte del que podemos llamar dueño de la tierra (ó de casa) no le preocupa mayormente; puede, si es sentimental, atacar un poco su sistema nervioso, el sueño no se lo quitará.

Una prueba. No voy á desempolvar infolios. Voy sencillamente á echar una rápida ojeada por el perímetro de nuestra historia contemporánea.

Búsquese con la linterna de Diógenes un extranjero, un inglés particularmente, del tiempo de Rozas, quedan poquísimos nenes de esos, que no sea su partidario, y me parece difícilillo que se le halle.

¡Mire qué gracia! El extranjero de la época de Rozas gozaba de una situación excepcional (inclusive los mismos espa-

ñoles que aquél no reconocía sin embargo como tales). El extranjero podía hablar sin que lo perturbaran, así como suena, porque podía reunirse, agruparse, organizar un Club como el de Residentes extranjeros, que aún subsiste. El hijo del país no. Al extranjero no lo desterraban, no le confiscaban, no lo degollaban. Cuando degollaron un francés vino una intervención.

* * *

Ya que de paso me estoy rozando con cosas que nos parecen muy viejas siendo de ayer, — no puedo eximirme de hacer una observación. Puede contener alguna especie provechosa para los que se ocupen

de la filosofía de la historia. Esos extranjeros á los que me acabo de referir hablan así :

¡ Oh ! en tiempo de Rozas no se robaba...

No hay tal, se robaba como en todos los tiempos se ha robado (1). Y como en todos los tiempos había hombres incorruptibles. El criterio de la probidad (nótese que digo probidad, vocablo que significa bondad, sinónimo de honradez, (rectitud), era otro. Salomón, jefe de la sociedad Popular Restauradora, Troncoso, Badía Alem, Parra, Morcira, Cuitiño, y otros fanáticos, gente de violín y violón, como decía Don Pedro de Angelis, no eran ra-

(1) Si fuera el caso, aquí podría citar los nombres de los que contrabandeaban en sociedad con ciertos funcionarios y los de otros favoritos del que todo lo podía.

paces y en ciertos sentido no eran peores que otros padres de familia. Yo los conocía. Me parecían muy buenos.

El señor Martínez de Hoz. — padre, abuelo ó bisabuelo de los Martínez de Hoz que conocemos, respetabilísimo comerciante y caballero español, recibió un día un billete diciéndole : « si mañana antes de las doce no le entrega usted veinte mil pesos al portador, es usted hombre muerto. Salomón. »

Era el señor Martínez de Hoz hombre de una pieza. Veinte mil pesos no tenía disponibles. Sólo tenía diez mil. No quería hacer uso de su crédito. A Roma por todo, se dijo. Tomó los diez mil pesos y se fué á ver á Salomón...

— No es mía la carta, señor, manifestó sorprendido Salomón ; mi letra no es esa.

— Bueno, señor, entonces dispense, me retiro.

— No, señor, mañana cuando á la hora indicada vaya el portador (un negro) mi gente andará por allí.

El negro fué. Lo tomaron. Dijo que no conocía á la persona que le había dado unos reales porque entregara la misiva y le llevara la respuesta; que estaba esperándolo frente al atrio de Santo Domingo en la calle Defensa (el señor Martínez de Hoz vivía en Belgrano entre Bolívar y Defensa):

Resultado : el titulado Salomón tomó viento de lo que le aguardaba y así se quedó sin los veinte mil; pero con el pescuezo intacto. De lo contrario habría habido violín y violón.

Aunque se me tilde de difuso emplearé

otro giro de frase y haré como ciertos historiadores, que más ó menos se expresan de este modo : de que los hechos y los textos conocidos callen sobre el particular, no se sigue necesariamente, y por decirlo así en abstracto, que el hecho anecdótico no haya tenido lugar. Sí, pues Salomón habría hecho justicia á su manera... horresco !

* * *

Tan excepcional era la condición de extranjero en tiempo de Rozas, que no ha mucho todavía, los hijos del país si no exclamábamos como en Ardrómaca, haciendo un argumento serio « Seigneur, qu'avez-vous fait et que dira la Grèce, así observá-

bamos » : ¿ qué dirá la colonia extranjera ?

Los rezagos y resabios que dejan ciertos gobiernos no desaparecen sino lentamente. Ahora ya ninguno de nosotros se cura de lo que dirá la colonia extranjera. Legislamos para todo el mundo y caiga el que caiga.

Ya nadie reproduce ahora al señor Blanco del Valle, del cual bajo el epígrafe « insulto á los pueblos » decía la Nación el 5 de Julio de 1872, entre otras cosas, ésta : « Un día se levanta el señor Blanco » del Valle y dice que el pueblo argentino » es el más infame y corrompido de la tierra, porque dos personas respetables, los » señores Moreno y Casares le han desti- » tuído de un empleo de confianza, que » sin duda no supo desempeñar.

» ¿Qué hacer con este energúmeno ?

» »

* * *

Este año de 1872 fué fecundo en denuestos y anatemas proferidos por extranjeros, protestas y rectificaciones. El mes más álgido fué el de julio. Yo escribí el 20 en « El Mercantil, » diario de mi propiedad un artículo titulado « La libertad y la moral ». Hubo protestas en la Bolsa de Comercio. Jurados de acusación. Hasta la casa de los señores Unzué cortó sus relaciones comerciales con una de las principales casas inglesas por el hecho de haber el representante de ésta firmado la protesta contra el proceder de la Cámara de

Comercio en el caso del *River Plate Times*. Es muy curioso todo esto. El investigador aficionado á estas lecturas, no perdería su tiempo reconociendo en la Biblioteca los periódicos de aquel momento climatérico.

Tempora mutantur. Ahora el lenguaje es otro, muy distinto, y si los unos están masticando despacio, si les conviene ó no nacionalizarse, hacerse ciudadanos argentinos (salvo una que otra excepción, que tiene que ser un inglés, porque los ingleses más prontos están á prestar su dinero que á cambiar de bandera); los otros se expresan (en « El Correo Español) así :

« De esta situación irregular dimanan
» contradicciones muy curiosas. Podemos
» llevar treinta años en la República
» Argentina y tener hijos diputados ; pero
» á nosotros no se nos deja ser ni siquiera

» electores aunque dispongamos por nues-
» tra influencia de un número de votantes
» capaz de inclinar la victoria en el sentido
» que nos parezca mejor. Tendremos títu-
» los profesionales expedidos por las uni-
» versidades de nuestra tierra y que en
» ésta serán papeles mojados; eso no obs-
» tante, podremos ejercer el profesorado;
» cada año aprenderán bajo nuestra direc-
» ción sesenta ú ochenta alumnos, extrac-
» tarán nuestras explicaciones y merced á
» ellas podrán ganar sus cursos académi-
» cos; acaso se cuenten por millares los que
» estudien diversas asignaturas en libros de
» texto escritos por nosotros y, sin embargo,
» cualquiera de ellos, el más atrasado, ten-
» drá mayor representación oficial y acadé-
» mica que su maestro. »

Sigue una retahila de otras observa-

ciones más ó menos razonables, y de quejas más ó menos fundadas.

Estoy de acuerdo con mucho y desde luego reconozco, conviniendo en ello, que siendo la « situación irregular » demanda un cambio legal.

* * *

Confieso que á mí no me asusta lo que para algunos puede ser un peligro.

Digo más, convencido como estoy profundamente de que nuestra mayor exigencia, la más trascendental quizá, es hacer ciudadanos, digo: que me gustaría ver en nuestras asambleas legislativas hombres libres, que aunque hablaran mal nuestra lengua, ó con el acento de Es-

paña, supieran mejor que ciertos oradores elocuentes, cuál es la buena estación para sembrar papas y recoger las cosechas.

* * *

Reflexionemos.

Se verá que se discurre bien, pensando : al peligro con tiento y al remedio con tiempo.

Porque en realidad hay un peligro y un remedio que aplicar.

Que el caso es peliagudo, ya lo sé ; que es arriesgado, ya lo sé. El que no arriesgó ni ganó ni perdió. Que el caso, finalmente, puede tener inesperadas ulterioridades. Está bien. *Dieu protège la France*. Contemos con lo que dice Hebert Spéncer

sobre las leyes que se consideraron malas. Resultaron excelentes.

Cuando Rozas confiscaba ¿á quien se le ocurría que aquello pudiera llegar á ser beneficioso para el que padecía por activa y por pasiva. Embargado y emigrado eran sinónimos.

Pues lo fué.

* * *

Las cosas pasaron como va á verse.

Había varias clases de federales y varias clases de unitarios, de un solo pelo y entrepelados; así se decía.

Los federales que sabían lo que era federación, unos cuantos como Dorrego; los unitarios, otros pocos, que sabían lo

que era gobierno unitario como Rivadavia.

Los federales, carneros de Panurgo, mayoría; los unitarios, ídem, ídem, minoría.

Los federales, que no eran tales en el fondo del alma; pero que usaban divisa: chaleco colorado y que gritaban: ¡muera! de miedo, vivían relativamente tranquilos. Al lado de éstos, codeándose, había los unitarios, que si se vestían como aquéllos y que si gritaban como aquéllos, aunque con menos énfasis, siendo sindicados, estaban expuestos.

Pero ¿á quién le falta un amigo, un conocido, un pariente en el gobierno? Suele haber familias policromas por precaución y conveniencia.

Esos sindicados emigraban, ó valiéndose de alguna influencia, se queda-

ban, dispuestos á correr la trinquetada.

Las consecuencias eran : que á los unos les embargaban y á los otros no. Eran otras también. Los no embargados, como el país era pobrísimo (donde la propiedad y la vida nada valen es menester poseer mucho para tener algo, y el trabajo, ni abunda ni es remunerado); los no embargados se iban comiendo poco á poco lo que tenían, enajenándolo en una forma ó en otra. Los otros, los embargados, tenían que pasar hambrunas en el extranjero y las pasaban; pero sus bienes estaban ahí, sus campos, sus fincas. Las ocupaban los federales. En uno y otro caso les hacían un favor á los dueños. Campo abandonado sufre. Casa vacía, abandonada, se deteriora.

Como estoy borroneando una página de

historia, me parece no deber ocultar que mi familia ocupaba en verano una casa-quinta embargada, que quedaba cerca de la Pólvara de Cueli, ahí por las Barrancas, frente á Palermo. Lindaba por los fondos con la del barón de Hølemberg. Lo que mi familia hacía lo hacían otros federales. El dueño de *nuestra* quinta, diré, era un canónigo, Vidal, unitario desterrado, ó emigrado, había de las dos clases. La quinta no podía estar mejor atendida y cuidada. Creo que el mismo canónigo no se había ocupado de la huerta ni de las habitaciones como lo hacían mi padre y mi madre.

Baste con lo dicho para que se vea cómo fué que á la caída de Rozas, — resultaron pobres los de la misma familia á quienes no les embargaron, y ricos, ó por

ahí, aquellos á quienes les embargaron.

* * *

El mero hecho de la caída de Rozas, — por eso he dicho « ricos, ó por ahí », — cambió de tal manera la faz y el porvenir de las cosas, que el que casi nada tenía se encontró, al día siguiente de la batalla de Caseros, con que Urquiza derrocando á su antiguo patrón, — le había dado á más del derecho de llevar la cabeza sobre los hombros, algo con qué aplacar el hambre y la sed. Así son las tiranías en sus causas y en sus efectos, cuando nada grande fundan. Por eso lo hace antipático el gobierno de Rozas, — que era personalmente mejor que su fama, es su esterilidad. Y ¿qué ar-

gumento mayor y más concluyente en su contra se puede aducir que éste? : con él se fué la pobreza y comenzó una era de prosperidad relativa.

* * *

Tomando el hilo de la obra relacionado con la ciudadanía, veamos qué es lo que pasa.

La Ley de elecciones por distrito tuvo la virtud de enseñar al pueblo que *podía* votar.

El pueblo aprovechó en seguida esta facultad para *negociar* su voto. Derogada la Ley de elección por distrito y reducida la capital á uno solo, se produjeron dos consecuencias :

1.ª La competencia en la compra del voto

disminuyó, pues, cuando cada candidato abre su bolsa, sólo en provecho propio es más generoso. En la elección por lista, todos los candidatos esperan que el colega de lista dé más y los más sin vergüenzas no dan nada. El *capital electoral* ha disminuído y los precios han bajado.

2.^a La elección por distrito dió más eficacia al voto independiente y arrancó á los indiferentes, — á los que no militan en ningún partido, — de sus casas para votar por el candidato que siempre era hombre de más ó menos arraigo en la parroquia ó que despertaba más ó menos simpatías personales. La elección por lista dejará en sus casas á todos estos indiferentes, de modo que la lucha se hará entre los *elementos electorales*, es decir, que el voto *venal* tendrá mayor importancia.

Los caudillos se han dado cuenta de este hecho y han comenzado temprano la negociación, no sólo del nacional sino del extranjero.

Como consecuencia tenemos la nacionalización por la libreta, que significa para el flamante argentino algunos pesos más, algunas entradas menos á la policía ó quizá un modesto puesto de barrendero, peón ú ordenanza. Nosotros no habíamos tenido hasta ahora nacionalizados *por negocio*. El adelanto de nuestras costumbres electorales, — lo digo sin ironía, — ha creado la especie que indudablemente se multiplicará.

* * *

Nuestros hombres de gobierno poco se

han ocupado de atraer al extranjero á la naturalización, de incorporarlo á la vida cívica, haciéndole *sentir* este deber moral, ¿ó no es un deber contribuir con el voto y la acción á la prosperidad y buena administración del país en que se vive?

Unas cuantas pequeñas leyes de detalle podrían marcarle al extranjero ese deber.

Nunca este asunto ha preocupado á la politiquería personalista y caciquista de nuestros hombres de estado. De cuando en cuando se ha hablado de naturalización obligatoria y otros pequeños absurdos, invento de proyectistas que no saben derecho, sociología, ni nada. La única obra eficiente estaría en el detalle; lo único que debe mantenerse es el *propósito* de embarcar en la vida cívica, con un poco

de coacción si se quiere, al extranjero que lo merece. Nada se ha hecho.

El resultado no puede ser más desgraciado. Por ahora el extranjero no se naturaliza, más tarde no podrá hacerlo de vergüenza para que no se le confunda con los *naturalizados por la libreta*.

La situación política no puede estudiarse en la *República en general*. Hay que estudiarla localmente en cada provincia. A este respecto la capital presenta una situación que no puede compararse con ninguna provincia. Aquí es donde el voto venal tendrá siempre más importancia, *donde hay más extranjeros*. Consecuencia natural es que la naturalización *venal* tendrá muy pronto una importancia enorme, como en Nueva York lo que se llama el *voto irlandés*. Esa infección es muy grave

si se considera el número considerable de Diputados que elige la capital y la influencia que ejerce, por muchas razones, en la marcha política de la República.

Por la misma razón no podrá establecerse Concejo municipal electivo sin *calificar* rigurosamente el voto. Ni el juicio por jurados respecto del cual el artículo 24 de la Constitución pregunta « cuándo ». Cosa baladí, ¿no?

En los Estados Unidos del Norte el asunto « ciudadanía » es uno de los que ha dado lugar á mayores discusiones. Su digesto en el orden nacional y en el de los Estados es voluminoso. Estudiarlo á fondo se impone, antes de darle un corte definitivo. El solo legista Van Dyne, en su último libro *Citizen-Ship of the United States* contribuye á la información de la

materia con un grueso volumen de 385 páginas (1). Es una mina.

(1) En Estados Unidos hay dos clases de ciudadanía : la Nacional y la provincial (*state and national*), distintas una de otra. Una persona puede ser ciudadano de estado y no ciudadano de los Estados Unidos. Puede ser ciudadano de los Estados Unidos sin gozar de los derechos y privilegios que acuerda el estado de ciudadanía (*the state citizenship*). Para ser ciudadano de los Estados Unidos, sólo se necesita que una persona sea nacida ó naturalizada en los Estados Unidos. Para ser ciudadano de estado el hombre debe residir en el estado. La ciudadanía de Estados Unidos no da el derecho de votar. La constitución no garantiza al ciudadano este derecho. El derecho de votar es un derecho conferido y reglamentado por las leyes de cada estado. Hasta para la elección de representantes al Congreso y electores de Presidente de los Estados Unidos, la materia es de la competencia exclusiva de los estados. Y en muchos de ellos la franquicia se le acuerda á personas que no son ciudadanos ni de estado ni de Estados Unidos. Esto sí es federación y autonomía y no lo nuestro, donde hay más nombres que cosas y más ficciones que realidades. Por suerte la masa hace cabestrear...

Prácticos en todo, lo primero es lo primero dijeron, los americanos del Norte: no lo dejemos para mañana; hagamos cuanto antes de los *súbditos* de la Gran Bretaña *ciudadanos* de los respectivos estados dentro de cuyos límites residen.

Y así lo proclamaron al hacer la declaración famosísima de su Independencia.

Nosotros los americanos del sur al proclamar nuestra Independencia, no declaramos *ciudadanos* sino á los criollos.

El que era español, español se quedó.

¡Cuánta diferencia en todo! Y sin embargo á cada momento se oye hablar de lo que nos parecemos á los Estados Unidos.

¿En qué?

Entre la declaración y la adopción de los artículos de la Confederación en 1777 y la ratificación de la Constitución de los

Estados Unidos en 1787-1788, las discusiones del Congreso y los escritos del « Federalista », — « clarifican todas las ideas nebulosas » y surge el coloso.

No hay ejemplo en el mundo antiguo ni en el mundo moderno de una prosperidad y progreso semejantes al de esta nación.

Todo es allí enorme, inesperado; aun me atrevo á afirmar que es inexplicable hasta para los mismos observadores que pretenden tener microscopio. Se necesita tener alma yanqui para entenderlo bien.

Son autores de una novedad política. Antes de ellos no se conocían, — ni Montesquieu, ni Blackstone lo sospecharon, — sino dos poderes públicos, el legislativo y el ejecutivo. Ellos inventaron un tercer resorte: el Poder judicial; poder protector.

Ellos concibieron y formularon un instrumento legal sencillo, con complicaciones apenas aparentes. Permítaseme decir: no mezclaron las especies. Se dicen federales y lo son. Cada estado se dice autónomo y lo es sea rico ó pobre. No tienen códigos nacionales. No tienen artículo alguno en la Constitución que sea letra muerta.

« En general los americanos se declaran » satisfechos de su organización ». No es como entre nosotros, donde nadie puede decir si somos más unitarios que federales ó más federales que unitarios. Hay en *Uncle Sam* materia para un estudio ontológico. Si su Constitución es simple, inteligible, — él es una mezcla de ingenuidad y de doblez. Lo último está relacionado con lo que le ha pasado á la crédula España (si es que creyó). Lo primero con la invención de la

doctrina Monroe, que se resume así. « Te « prohibo hacer lo que yo hago ». Nadie que yo conozca les cree. Mas ellos creen que les creen. No ven que les temen. Hay quien espera que el coloso se disloque. Es posible la desmembración. No la diviso. Y como el poder de la nación aumenta y la riqueza también, y como todo, en una palabra, adelanta y progresan artes y ciencias, la religión y la irreligión, mi entender es que tamaño macrocosmo se consolida. Creo más, que el desastre de una aventura cualquiera apenas logrará conmoverle. Siguen aumentando su población y haciendo ciudadanos. En este sentido su política no ha variado desde que se emanciparon. Ha consistido y consiste en demostrarle y probarle al extranjero (útil) que lo que más le conviene es ser *citizen of the Uni-*

ted States. Mucho les ha servido para realizar estos fines su origen anglosajón. La nación y los Estados en esa dirección han legislado. La tradición era en Inglaterra; nadie puede ser propietario á perpetuidad (*free holder*) ni adquirir la tierra por 99 años (*lease holder*) si no es ciudadano inglés. Ya no es así; dos ó más veces se han realizado reformas en un sentido más liberal diré (1870 creo que fué la última) (1). Nunca entraron cosas semejantes en nuestra cabeza. No pretendo que entren. Pero no

(1) Véase el capítulo XIV de *An Act to amend the Law relating to the legal codition of Alien and British Subjects* (12 de Mayo 1870).

La Ley de Naturalización de 1870 permite la compra de toda clase de *real estate*, es decir, casas, terrenos, etc., con excepción de navíos; pero no le es permitido votar, ni ocupar puestos municipales ó nacionales á ningún extranjero aunque compre un condado.

es posible dejar de observar que en el estado actual de nuestra legislación un sindicato cualquiera de extranjeros residentes en el país ó fuera de él, — podría adquirir toda una Provincia pobre que quisiera enajenarse (1).

Ya se comprenderá que estoy hablando ponderativamente. Si así no fuese, creería, y no lo creo, ni puedo creerlo, como Jurgurta saliendo desterrado de Roma : « ¡ Ciudad venal, qué pronto perecerías si hallaras un comprador ! »

(1) Aquí me parece que viene bien llamar la atención sobre un hecho : hay propietarios de pingües heredades que no las conocen, que residen en el extranjero, habiendo algunos nacido en suelo argentino, que han renegado, y cuyos propietarios, sólo pagan las contribuciones directas, que nada consumen el país, que no prestan ningún servicio cívico; en una palabra, que sólo se ocupan de recibir en otra parte su renta, representando así y encarnando el zángano de la colmena.

Típico es *Uncle Sam*; no tiene paralelo este nuevo Hércules.

En aquel suelo, donde nada parece indicar cambio ni mudanza en su espíritu de expansión interna y externa, los mismos mendigos no comprenden el dicho de Chamfort : Dínos la verdad, gritó una mujer (clubista). — ¿ La verdad ? La verdad, contestó Chamfort, es que hay en Francia siete millones de hombres que piden limosna y doce incapaces de darla.

* * *

Carlos Dickens, el admirable novelista, escribe en Inglaterra una novela tremenda contra los Estados Unidos.

Les levanta la camisa.

Muestra sus defectos, sus vicios, su lepra, — política, administrativa, social.

Pinta los hombres de Estado corrompidos.

Los administradores venales.

Los jueces prevaricadores.

Los *caballeros* sin honor, recibidos en la mejor sociedad.

Las damas lujosas, elegantes, seductoras; pero pervertidas, desafiando con su mirada altiva la mirada de todo el mundo en los salones.

En una palabra, — pinta el robo, el escándalo y la concupiscencia de aquella sociedad, y la presenta como la quinta esencia del desenfreno y de la crápula.

La prensa norteamericana en masa se levanta como un solo hombre y descarga

sobre el novelista osado los rayos de la más furibunda indignación.

Dickens no se siente anonadado.

Comprende que no se curan los grandes males sino aplicándoles remedios heroicos, y se embarca para Nueva York.

Llega.

Se aloja en el hotel más concurrido : nadie lo ataca en su persona á mano armada, de miedo de la policía ; pero la tinta de todas las imprentas estampa horrores contra él.

Dickens, imperturbable, anuncia una *lectura pública* de su novela.

Millares de hombres y de mujeres se preparan, no para oírle, sino para silbarle.

Llega el día.

Dickens está solo, no tiene más armas que su novela, su fisonomía tétrica, — su

gran cabeza de filósofo, y su raro é inimitable don para leer, como jamás leyera mortal alguno.

Comienza á leer, la multitud tiene una conciencia, está acostumbrada á las verdades prácticas de la libertad, — calla..... medita..... no silba..... acaba por aplaudir.

Dickens es levantado por cien brazos que se disputan el honor de llevarlo en andas, paseado en triunfo.

Los espectadores honrados se sintieron aterrados de la verdad ; los corrompidos pintados al natural. Los unos aplaudieron, los otros callaron.

No fué otra, no pudo ser otra la moral del caso.

Si el pueblo de Nueva York hubiese silbado, apedreado ú obligado á un hombre libre á abandonar aquel suelo por haber

sido veraz, aunque severo, — todo el pueblo de la gran república se habría deshonrado.

He aquí lo que pasa en un país de libertad, de examen y de discusión.

¿ Y es esto todo ?

No.

Hay algo más todavía.

¿ Quién autorizaba á Dickens á escribir así, en qué datos, en qué hechos se apoyaba su novela ?

En el mismo lenguaje de los diarios americanos, — que todos los días se expresaban poco más ó menos así.

La comunidad atraviesa una crisis cuando la confianza pública en el ejercicio riguroso é imparcial de la justicia se siente conmovida.

Si cuando el juez, cuyo deber solemnemente

mente aceptado es interpretar y aplicar la ley, es mirado como cómplice de los especuladores políticos, — cuando se permite ignorar toda su responsabilidad, excepto hacia aquellos por quienes ha sido electo, ó por quienes espera ser reelecto, — hasta los mismos cimientos del orden social están minados.

El crimen está protegido por el espíritu de partido.

El mal goza de una impunidad segura. En toda la comunidad los diversos é innumerables elementos de la avaricia y de la intriga, están desencadenados sin remordimiento, para hacer estragos en la esencia de la sociedad y maldecir toda tentativa de represión.

Hasta el aire mismo está contaminado por la pestilencia moral.

De la esfera más alta á la más humilde, la corrupción recibe un nuevo impulso para su desarrollo.

Contemplamos la corrupción legislativa y la falta de fe judicial, dentro de los límites en que hoy dominan, como los orígenes exuberantes del mal.

¡Estupendo! Tiene un no sé qué de la belleza de un cuadro grecorromano en los días de la decadencia.

Me hallo perplejo ante este aforismo :
« Casi todo lo que llamamos un abuso ha
» sido un remedio en las instituciones
» políticas ». (Luego no hay mal que por bien no venga.)

A pesar de todo, el inconmensurable avispero marcha.

* * *

Georges Moreau, en su último Estudio (*El reverso de los Estados Unidos*), nos dice que « la máquina administrativa no » funciona peor que en otras partes, sea » que la virtud no sea necesaria á su » buena marcha, sea, lo que es más probable, que todos los gobiernos comportan » una misma suma de vicios, simplemente » con manifestaciones diferentes ».

Y seguirá marchando, y en su marcha podrá seguir haciendo lo que hace.

¿De dónde viene usted?

De Hungría.

A ver, examinarlo

Tuberculoso.

A la República Argentina, ó al Brasil.

¿Y usted?

De Italia.

¿A ver?

En perfecto estado fisiológico.

¿Cuántos dollars trae usted?

Ninguno.

Al Brasil, ó á la República Argentina :
aquí no queremos pobres.

* * *

Lo confieso, admiro este país. Pero me es antipático, y le temo (1). Y le temo tanto

(1) Es esto en mí una verdadera obsesión. Ya en Mayo de 1893 yo escribía en « La France militaire » en « Le Temps » y en « La Patrie » con motivo de la guerra hispano-americana : « Depuis long temps je m'attendais à ce denouement par

más, cuanto que tengo que convenir en que una de sus grandes pasiones es la *Educación*. Cree en su eficacia como cree en el poder de adquisición del *dollar*. Cree como creen los alemanes. Si tuvieran su mismo espíritu de disciplina y su misma disposición á dejarse controlar, ya serían todavía más hercúleos de lo que son.

Hay que estar en guardia.

No es ningún Americano del Sur el

le canon... » (Mucho tiempo ha que yo esperaba este desenlace á cañonazos). Y seguía : « porque era la consecuencia inevitable de las tentativas de expansión ó de la política absorbente de los Estados Unidos, que vencedores como lo serán, desde que la Europa abandona la España á su destino. Quieren á Cuba porque es la llave del golfo de Méjico como Gibraltar lo es del Mediterráneo; harán el canal de Panamá; fomarán una flota poderosa y en todo se metarán por *fas ó por nefas*... Y en ciertos momentos distraerán así la opinión interna... »

autor del libro *The Americanisation of the World*, sino W. T. Stead. Mi malogrado amigo Eduardo Prado, brasilero de San Pablo, se fué contestándole *avant la lettre* con su *A ilusão Americana*.

* * *

No es ningún Americano del Sur el que ha disertado extensamente sobre el « control de los trópicos ».

Es un Americano del Norte el que cree que esa misión le corresponde á los Estados Unidos (1).

(1) The first step to the solution of the problem before us is simply to acquire the principle that in dealing with the *naturaal* inhabitants of the tropics we are dealing with peoples who repre-

• No es un Americano del Sur, sino el

sent the same stage in the history of the development of the race that the child does in the history of the development of the individual. The tropics will not, therefore be developed by the natives themselves!!

Every square mile of tropical territory which has been occupied within the last few decades under the first policy rather than under the second has been in part lost to us as a trust to civilization, it has passed definitely backward into the shadow of another century. What it is necessary to remember is that it is idle and useless to trust to any declaration of intentions, however honestly meant, on the acquisition of such territory. Policies in such circumstances grow out of the life of a people and are not permanently regulated by existing intentions.

The Congo state was declared neutral and free to the trade of all nations in 1885. It is no longer either neutral or free to trade as at the date of the Declaration: Belgium has acquired the right of annexation and France of preemption. France undertook the administration of Algeria with many understandings which were doubtless honestly meant at the time, but which no longer exist.

renombrado escritor naval A. T. Maham, del cual dice el Profesor Izoulet « hay en Francia diez ó doce millones de *electores*, necesitaría para Maham diez ó doce millones de *lectores* », — el que interpretando el sentimiento genuino yanqui ha escrito contra el sofisma : « Una marina para la defensa solamente ». Y contra el sofisma : « La organización de una fuerza militar es una provocación á la guerra. Sí, es ese mismo Maham el que exclama : « ¡ Qué utopía ! pensar que no habrá más guerras ; creer que cuanto más débil es uno, tanto más está seguro.

* * *

Un círculo de diámetro infinito se contiene en un punto.

Ese punto central es ser receloso cuando se trata de la patria.

Tienen que llamar entonces la atención las noticias diré, que por su orden van á verse; noticias que han pasado como tantas otras cosas, de no poco momento, inadvertidas, y que no comento porque se comentan solas.

Mi obsesión invencible, no puedo darle otro nombre á la inquietud que me infunde el Norte... hace que tiempo atrás me venga ocupando de sus tendencias (esta palabra comprende todo).

Hablando de esto últimamente ahí con un amigo, he aquí cuál fué el resultado de nuestro coloquio. Él, como yo, es un desconfiado sobre este particular. . .

.

Muchas gracias, y perdone si no le he

contestado inmediatamente, pero he querido ir á las fuentes: pues ocurre el caso curioso de que un documento, precioso bajo más de un concepto, no ha sido publicado oficialmente, ¡ siendo oficial !

Me refiero al discurso pronunciado por Mr. Jonh Barrett, el 21 de diciembre de 1903, al presentar sus credenciales de E. E. y M. P. de los « Estados Unidos de América ».

Entre otras muchas cosas buenas, para nosotros, dijo Mr. Barrett :

« La lucha persistente de la Argentina
» para llegar á ser una nación autónoma,
» sus triunfantes conquistas sobre las dis-
» cusiones civiles; sus fuerzas de reserva
» tanto en héroes militares como en esta-
» distas patrióticos siempre listos para
» servir á su patria en la hora del peligro

» extremo ; su aleccionamiento progresivo
» hasta el dominio de los problemas de
» Gobierno, de la educación y del comer-
» cio que han puesto frente á frente una
» República nueva y un pueblo viril; su
» variedad de clima templado que fomenta
» el más alto desarrollo de los sentimien-
» tos del ciudadano y de la civilización :
» su enorme y fértil área que ofrece ilimi-
» tado campo de acción á la agricultura y
» á la industria, y su asombrosa disposi-
» ción de llanuras bien bañadas, en las
» que se abren puertos naturales y cruza-
» das por numerosos ríos navegables y
» que ascienden paulatinamente á altipla-
» nicies fértiles ó cubiertas de bosque,
» constituyen bajo tantos y tan importan-
» tes puntos de vista el contrapeso Sud-
» americano de los anales históricos y de

» las condiciones económicas y físicas de
» los Estados Unidos de la *América del*
» *Norte*, de modo que las dos naciones y
» los dos pueblos deben experimentar
» siempre un alto y particular grado de
» simpatía y de mutua confianza... »

Esta traducción (nada castiza por cierto) es oficial. El original dice en la última parte : « Are in so many respects the South American counterpart of the *historical annals and the economic and physical conditions of the United States of NORTH AMERICA* that the two nations and people must always experience a high and peculiar degree of sympathy and mutual confidence ».

Este discurso, quizás el más largo pronunciado en ocasión semejante entre nosotros, fué aplaudido por todos; Mr. Bar-

rett reportado casi diariamente, agasajado (aunque sin que nadie observara que el ministro of the « United States of America », como decía su credencial, se había referido á los « Estados Unidos de la América del Norte »), tenía un vasto programa, se proponía recorrer el país de un extremo al otro, y estudiar sus recursos é instituciones, programa que requería largo tiempo, como él mismo me lo manifestó varias veces; pero un buen día, á fines de marzo ó principios de abril de 1904, es decir, *tres meses* después de su recepción, llegó la noticia de que había sido nombrado Ministro en la nueva República de Panamá (!), y el 23 de abril lo comunicó á nuestro Gobierno, embarcándose en seguida.

Me pregunté entonces el por qué de esta

retirada tan imprevista y recordé las palabras que he subrayado. Creí encontrar en ellas ese por qué, y di con el dicho discurso, publicado en el « Monthly Bulletin of the International Bureau of the American Republics », vol. XVI, pág. 337 (febrero 1924), pero con esta variante :

« ... The South American counterpart of the historical annals of (1) the economic and physical conditions of the *United States of America*... »

El « and » lo habían cambiado por « of » desde que los Anales históricos de la Argentina son muy distintos de los de Estados Unidos de Norte América, y suprimido distinción de hemisferios, porque América es una... para ellos.

(1) « And » en el original del Ministro.

Barrett es un hombre inteligente, observador, instruido, y fué cambiado por el actual ministro Beaupré, — que no dice nada. Si el discurso de recepción del primero fué conceptuoso y extenso, el del segundo fué banal y corto por demás...

Así es como me explico el retiro de Barrett, y creo que usted pensará como yo. Hoy Barret trata de borrar su « barro », como Director del « Bureau » de las Repúblicas Americanas, en las que no se cuenta Estados Unidos, porque es el Imperio Americano.

Quiero llamar su atención sobre una « Information for American citizens », firmada por el ministro Beaupré, « *American Minister* », publicada en la pág. 8, columna 6.^a, de « The Standard » de ayer 19 de septiembre de 1907.

Dice así :

INFORMATION FOR AMERICAN CITIZENS

American Legation.

Buenos Aires, June 18th, 1907.

I desire to inform all citizens of the United States of America that after July 1st, 1907, passports cannot be issued by me.
.

Y está firmado :

A. M. BEAUPRÉ,

American Minister.

Hace ahora más de un año que los Cón-

sules de los Estados Unidos (este es su nombre United States, véase el Almanaque de Gotha de 1907, pág. 600, donde se lee en cabeza: *Président des Etats Unis*, Théodore Roosevelt), recibieron una circular mandándoles que en vez de « Consulado de Estados Unidos » pusieran « Consulado de América ». Así lo hacen y así reza del membrete impreso en su papel de oficio y sobres.

« Consulado Americano » es un nombre postizo.

Ni siquiera Americano del Norte, como se ve.

Los Estados Unidos del Brasil son casi tan vastos como los Estados Unidos del Norte.

Tienen éstos 9,420,070 kilómetros cuadrados de superficie, y aquéllos 8,528,218

(según un último cálculo planimétrico 8,468,958). No es tanta la diferencia (1).

Bien podrían denominarse América del Sur más modestamente.

Lo que se ve como un alto relieve es que en *Uncle Sam's Headquarters* (que en su tierra) no se andan con falsas modestias, y que dan por sentado el precedente : América *for the yankees*.

Creo que no estará de más traducir la larga nota de Benjamín Kidd, autor de « The Control of the Tropics ».

Les evitará trabajo á los que no sepan un poco de inglés, haciendo oficios ilustrativos. Al pie de la letra dice :

« El primer paso para la solución del

(1) El autor Kidd, del que me ocuparé luego, dice que el Brasil es más grande. Pero le quita población.

» problema que tenemos á la vista, es sen-
» cillamente establecer el principio que,
» tratándose de los habitantes *naturales*
» de los trópicos, estamos teniendo que
» habérmolas con gentes que representan
» en la escala de la historia del desarrollo
» de la raza, lo que el niño en el desarrollo
» del individuo....

» Cada milla cuadrada del territorio tro-
» pical que ha sido ocupado durante las úl-
» timas décadas, siguiendo la primer polí-
» tica, en vez de la segunda, ha dado por
» resultado que el gaje concedido á la ci-
» vilización no ha sido más que retroce-
» der un siglo en las tinieblas. Lo que es
» menester recordar es que es ocioso é
» inútil atenerse confiadamente á decla-
» raciones de intención. La política de
» circunstancias, no es la permanente de

» un pueblo. El Estado del Congo, que fué
» declarado neutral y libre para el tráfico
» de todas las naciones, ahora no es ni neu-
» tral ni libre como en el momento de la
» Declaración. La Bélgica ha adquirido el
» derecho de anexión y la Francia el de
» *preemption* (derecho de comprar antes que
» otro.) La Francia se encargó de adminis-
» trar Argel con muchas reservas, que hon-
» radamente se aceptaban en una hora que
» ya pasó ».

* * *

Acercándome como voy al fin de esta
conversación vuelvo á preguntar :

¿ A dónde vamos ?

Veamos.

Tengo á la vista diversos antecedentes, entre ellos el más precioso de todos por su minuciosa prolijidad, es el excelente libro de Alberto B. Martínez y Maurice Lewandowsky (en español y en francés). Me atenderé á sus datos hasta 1893. De entonces acá las cifras han crecido considerablemente, justificando las previsiones del eminente hombre de estado, tan querido, Carlos Pellegrini, que exornó dicha obra con una Introducción, tan concisa como elocuente.

Según Martínez, hoy en día debe haber en la República Argentina seis millones de habitantes, verdadero mosaico cosmopolita sin ejemplo.

Así como en « Rozas ensayo histórico psicológico », hablando de las crisis argentinas por décadas, digo : no discutamos

año más ó menos ; diré ahora, no discutamos fracciones.

Seis millones donde hay campo y anchura, comodidad, tierra llana y montuosa, luz, sol, agua, — para **150** millones de almas midiendo como mide nuestra tierra « una superficie igual á la de toda la » Europa, excepto Rusia ». — palabras de Pellegrini. Es un horóscopo estupendo. Pero veamos.

* * *

De estos seis millones la mitad son Argentinos.

De esta mitad, la mitad son mujeres.

La otra mitad son hombres.

Tenemos así 750 mil del sexo masculi-

no : viejos, niños, enfermos de toda edad.

¿Qué queda de elemento cívico englobado dentro del cociente de extranjeros y mujeres argentinas? Las mujeres extranjeras están incluidas en los tres millones de extranjeros.

¡Por quien soy, que estas cifras son como para ponerse uno serio! y que ciertos fenómenos que llamaré sociológicos, para salir del paso, es decir, discordias más ó menos frecuentes en las Provincias donde no abunda el elemento extranjero, bien pueden tener ahí su explicación.

Porque en el decurso de lo que resta, hemos de ver cómo y hasta qué punto el extranjero nos equilibra ó nos desequilibra.

Será el párrafo más escabroso. Pasaré

sobre él como sobre ascuas, insinuando apenas algunas verdades.

* * *

Yo quiero población, quiero extranjeros, quiero sobre todo ciudadanos, porque aunque no ignore que la influencia y grandeza de una nación no dependen tanto de la densidad de sus habitantes y de sus recursos, cuanto de su carácter, de su capacidad y especialmente de sus ideales, tengo prisa y gran inquietud de ver á mi tierra gravitando, rica, muy rica, fuerte, muy fuerte, gozando en unión de todas las razas de los beneficios de la libertad.

Esa prisa, esa inquietud, lo que vale tanto como decir: necesitamos del ex-

tranjero, tiene que coartarme, exactamente lo mismo que si al dirigirme á mis conciudadanos para darles una opinión ó un consejo, tengo algunas verdades amargas que decirles, tanto por afección cuanto por cortesía, he de envolver las píldoras que las contengan en la película más agradable posible.

De esta penuria de ciudadanos proceden muchas consecuencias, entre ellas que la indiferencia del medio influye en la abstención y en la facilidad, por tanto, de organizar las camarillas voraces y excluyentes.

Leyes útiles que podrían dictarse para escrutar con certeza el sentimiento de la gran mayoría de los habitantes en la capital Federal, sobre todo, es moralmente imposible dictarlas. Por ejemplo el Re-

ferendum Suizo (Constitución de 1874) que algunos cantones poseen también en sus Constituciones particulares. Algunos lo aplican con bastante frecuencia. Es, como se sabe, una forma de sanción ó veto plebiscitario directo; es decir, un veredicto inapelable del pueblo respecto de una ley que sus representantes han sancionado equivocadamente, ó desconociendo ó interpretando mal sus sentimientos ó sus intereses.

* * *

Se me ha argüido : con la incesante corriente inmigratoria, la doble mezcla de ésta entre sí, en virtud de la ley psicopsicológica de las afinidades electivas, y la

mezcla con el elemento criollo, ya mezclado, y cuadra aquí decir, lo que nos está dando un tipo soberbio de ambos sexos, — con todo eso y el desarrollo vegetativo de lo existente y de lo que irá viniendo, no sólo veremos crecer considerablemente la población sino el número de los ciudadanos, porque los hijos del extranjero son argentinos y tan entusiastas como el que en derechura venga de los patriotas que el 25 de Mayo de 1810, gritaron Libertad y el 9 de Julio ; Viva la Patria !

No redarguyo, porque nada tengo que refutar. Observo sí que hay alguna falacia en ese modo de discurrir. No me sorprende. Solemos estar en contacto con los hechos y no ver los fenómenos sino imperfectamente.

Por ejemplo, cuando se dice que los hi-

jos de los extranjeros son todos patriotas, creyendo afirmar una verdad absoluta, sólo se afirma una verdad relativa. Yo conozco familias de extranjeros en las que no se habla español. He viajado con ellas. El otro día me encontré en el Museo del Louvre con una rica dama inglesa, muy *comme il faut*, afincada ahí, en el Río de la Plata. Iba con una jovencita, muy mona, y un niño simpático. ¿Se vuelve usted pronto? Sí. Y este caballerito, ¿quién es? (no le conocía). Mi hijo, respondió. ¡ Ah! un Argentino más.

El chiquilín se apresuró á rectificar: no, inglés. La mamá : *What a shame!* Para qué hablar de los grandes, ya son grandes. También he viajado con algunos que ocupan posiciones altas en Inglaterra, que han nacido y crecido ahí, y que sien-

ten y piensan como el chiquilín. Asimismo he conocido extranjeros que ni han visto el país ni las tierras vastísimas — tierras argentinas, — de cuya renta viven (1). Y... dejen en suspenso la contestación para que sobre el caso, que no es aislado, mediten nuestros economistas. En lo dicho está la piedra de toque de determinados sentimientos, más aparentes que reales, — sentimientos que pasan por crisis, como esas familias que la mala suerte disloca y disuelve hasta el punto que sus miembros acaban por no conocerse, en tanto que la prosperidad suele hacer hasta que crean amarse.

Como se ve, el horóscopo, corriendo el tiempo, riqueza, población y ciudadanos

(1) Ya he llamado más arriba la atención al respecto.

crecerán, — no satisface; no puede satisfacer plenamente mi ambición criolla, siendo como soy en parte (son muchos los que en mi caso se hallan ya), autor en colaboración de lo que estamos viendo.

Querría entonces ver atacado y resuelto cuanto antes el problema, que ha de hacernos lo que debemos ser en ese hemisferio: poderosos. Las leyes liberales pueden no tener la misma eficacia que las restrictivas cuando de conveniencias se trata. Hay aquí un paralelismo. Nosotros necesitamos más ciudadanos; los que no lo son tienen que echar sus cuentas y que arribar á esta conclusión: más me conviene hacerme argentino que seguir como voy; y no puedo alegar ni siquiera que me contiene un escrúpulo, el de parecer un renegado, porque la ley me induce, y todo,

todo, léase que el criollo nos estrecha la mano como si hubiéramos nacido bajo el mismo techo, iluminados por la luz del mismo cielo.

* * *

El punto sobre el cual más arriba dije que pasaría sobre ascuas, helo aquí : Del extranjero no podemos prescindir, — clamando están población, brazos, ferrocarriles, caminos, canales, nuestros desiertos, nuestras montañas, nuestros bosques, desde los Andes nevados hasta los ríos caudalosos por donde nace el sol y se abrevan millares de ganados, y desde los confines con Bolivia hasta la Tierra del fuego.

El extranjero nos equilibra en cuanto nos estimula y nos da el ejemplo del trabajo, de la economía, del ahorro. Ahí están diciéndolo, con elocuencia qué sé yo cuantos Bancos con las denominaciones de sus respectivas nacionalidades. Nos desequilibra, en cuanto sin que valga menos que nosotros, sus principios son más acomodaticios. Buchenthal exclamaba un día : « ¡ que nosotros los extranjeros hemos venido á América á enseñar la moral ! » No podía inducir á un prójimo con ciertos escrúpulos, no muchos, á algo gordo. Ellos, como nosotros, necesitan estar bien con los códigos civil, criminal y comercial. Pero hay otro código, no escrito, el social, con el que el ciudadano necesita más que ellos estar en regla. La razón es que ellos no pueden aspirar á lo que el ciudadano am-

biciona. La sociedad no los fiscaliza como á los que están llamados á figurar, á gobernar tuerto ó derecho.

En todo caso fiscalizarlos á ellos es más difícil. Son, en cierto sentido, lo anónimo, mientras no echan alas para volar hasta cernerse sobre lo que el hijo del país, agotados los expedientes de la ociosidad, tiene al fin que enajenar al mejor postor. Valiéndome de una comparación procuraré hacer casi gráfica la idea. Digamos, pues, que ellos y nosotros representamos una espiral, que crece y crece, apartándose cada vez más la curva del punto alrededor del cual gira, — y cuyo punto somos nosotros (lo conocido), los hijos del país (los ciudadanos), que no crecemos en la proporción que ellos aumentan. Por consiguiente, bien examinado el punto, paré-

came que los extranjeros que no se nacionalizan pierden tiempo y dinero.

Por unas ventajas renuncian á otras. Demostrarles que hacen mal es nuestro deber. ¡ A ello, pues, fraternalmente !

* * *

No se puede decir que caminamos en las tinieblas, que voy, como Ferrero, con cuyo método no concuerdo, de lo conocido á lo desconocido. No. Yo voy de lo que es á lo que tiene que ser, como de una premisa se infiere y se saca una conclusión. Siendo humano el sincronismo, — en cuanto crecemos, progresamos, nos enriquecemos y nos fortalecemos paralelamente con el aumento de la población, lo inesperado en

el tiempo nos hace admitir la posibilidad de vicisitudes perturbadoras pasando de lo normal á lo anormal. Es lo remoto. Convenido. Pero, siguiendo como vamos, antes de veinte años nuestros seis millones serán quince ó veinte y el elemento argentino, el ciudadano, estará con relación al extranjero, — en una minoría alarmante. El asunto está lleno de incidencias.

* * *

¡Qué importa! dirá alguno. ¿No vamos bien así?

Dejo de lado toda hipersensibilidad y exclamo : No digo que sea un mal. Nunca puede ser un mal habitar un suelo libre, donde no falta el pan barato, por ahora,

y cuyas gentes son hospitalarias. — suelo de igualdad, donde el trabajo, el talento, el saber y la moralidad alcanzan su merecida recompensa.

Digo solamente : he aquí un cuadro, en pocas líneas, como una caricatura del *Punch* ó como cuatro rasgos de Forain.

Tenemos en la República Argentina un millón largo de italianos y medio millón de españoles (siento que no haya más) (1).

(1) El italiano y el español son los que con más facilidad se asimilan al hijo del país. El español, por razón de la lengua. El italiano, por su plasticidad genial. El español se inclina á preferir los centros urbanos. Al italiano se le halla en los puntos más remotos y solitarios. Es menos adusto que el español y más aventurero. Cuando teníamos el enganche, era raro que se enganchara un español. Italianos había en todos los cuerpos. Eran excelentes soldados. Es vengativo, pero menos rencoroso que el español. De las otras nacionalidades, el más refractario á la

Suma total, millón y medio de extranjeros, al que hay que agregar otro millón y medio de nacionalidades de todos colores.

Supongamos que ese millón y medio, más homogéneo en su composición, fueran alemanes, pregunto sencillamente : ¿Cómo se llamaría antes de poco la República Argentina?

asimilación es el inglés. El vasco francés, ó español, si con dificultad aprende « la castilla », en cambio se mezcla fácilmente con nuestras mujeres. El francés siempre se queda francés. Y así, como aquí en Francia, el extranjero sólo por excepción penetra en las intimidades de la familia francesa: así también, ahí el francés, siendo en extremo afable, no busca el medio criollo. El alemán de antaño era menos altivo que el de ahora. Pero siempre halló que nuestras mujeres eran buenas para madres de familia, y han dado selectos productos. Como regla general, no emigra con « esprit de retour », á la inversa del francés.

Toco el fondo.

No hay obra de Miguel Angel en la que no haya puesto algo de noble. Hasta en sus esbozos se halla algo grande, como en esos versos que Virgilio no ha concluído — dice Montesquieu en uno de sus « Ensayos ». — ¿Y qué diré yo, que no soy ni siquiera un reflejo de aquellos inmortales? Sólo esto : Ya está hecho lo que algunos amigos me pidieron, ya está concluída la conversación. Reclamo toda la indulgencia del lector, y acompaño á mis conciudadanos, con todas las fibras de mi ser, con el alma, en su afán incesante, generoso, — de servir noblemente á la patria.

*
* * *

Una como peroración y baste.

Quiero inculcar esto :

« Lo que se entiende por el amor del País, no significa únicamente afición á la tierra que es nuestra cuna. Significa también amor de la comunidad, legítimo orgullo de ser ciudadano del Estado del cual es uno miembro. Esto es lo que se llama patriotismo, fuente de toda acción nacional; y el objetivo de todo hombre de estado debe consistir en asegurar las condiciones sociales que lo desarrollen y fortalezcan. » Los pueblos no son grandes por el número. Lo son principalmente por la concepción que tienen de la idea patria. Ved si no la Suiza votando *ad referendum* la ley militar, que aunque agrave los servicios populares, asegura su independencia. Pero yo ambiciono que el mío sea grande y fuerte.

ÍNDICE

Una conversación revista y corregida.....	1
Hablo con el hombre de la calle.....	2
El pueblo de mi tierra me conoce.....	3
La Patria Argentina estuvo ya á punto de dislocarse.....	4
¿A dònde vamos?.....	4
Necesitamos discurrir con detención.....	6
De dònde provienen nuestros progresos....	7
El progreso es una ley.....	8
Todo es mutación.....	9
La invasión de los Bárbaros.....	10
Las Cruzadas.....	10
La invasión de los moros.....	10
El descubrimiento de América.....	11
La Revolución de Inglaterra.....	11
La emancipación del Norte y del Sur de América.....	11
La revolución francesa.....	11

El inglés fué colonizador y el español conquistador.....	12
La invencible armada.....	13
Monroe doctrine	13
Progresos mundiales.....	15
Los argentinos progresamos.....	16
Gobernar es prever	17
Eran otros los tiempos	18
No creer es caer.....	19
Los clarovidentes Mitre, Avellaneda.....	20
Expedición al desierto de Roca.....	21
¡ Qué expresión tan profunda!	22
El presente es lo fugitivo	23
El tiempo corre.....	23
Wáshington y los autores de la Constitución.. ..	24
Imprevisión de algunos estadistas.....	26
La Constitución rechazada por Buenos Aires.....	27
Los artículos 5.º y 6.º.....	29
Mitre guerreando y Marcos Paz.....	29
Alberdi	31
Los errores de Alberdi.....	33
El artículo 8.º del Tratado con España.....	34
Diálogo entre dos personajes	37
Mitre amaba al extranjero	39
Don Bartolo era varias entidades.....	40
Alberdi el ingenuo.....	42
Rozas en Southampton.....	43

Cargo que no puede levantarse	45
Ferrero en miniatura	47
Gobernar es poblar.....	48
El extranjero llega	50
El criollo soldado de línea	52
¡Pues es nada!.....	54
Sabios en Europa	54
Meditación del extranjero.....	55
No se puede suprimir el pasado.....	57
Reminiscencias históricas.....	58
Lord Clive.....	60
San Martín.....	60
Alvear.....	61
Emerson.....	62
La linterna de Diógenes	63
Cosas que nos parecen muy viejas siendo de ayer.....	64
Violín y violón	65
Martínez de Iloz y Salomón.....	66
Salomón habría hecho justicia á su manera.	68
Como en Andrómaca	68
¿Y qué dirá la Colonia extranjera?.....	69
« La Nación » del 5 de julio 1872.....	69
La libertad y la moral.....	70
Témpera mutantur.....	71
« El Correo Español »	71
Un peligro y un remedio que aplicar	74
Varias clases de federales y unitarios.....	75
El país era pobrísimo.....	77

Ricos ó por ahí	78
La ley de elecciones por distritos y sus con- secuencias.....	80
Asunto que no ha preocupado mayormente.	83
El artículo 24 de la Constitución	85
Prosperidad y progreso de los Estados Uni- dos.....	88
<i>Uncle Sam</i>	89
La tradición en Inglaterra para poder ser propietario de la tierra.....	91
Carlos Dickens	93
La moral del caso	96
Me hallo perplejo.....	99
El reverso de los Estados Unidos.....	100
Admiración y antipatía	101
« El control de los trópicos ».....	103
A. T. Maham.....	105
Noticias que van á verse por su orden.....	106
Mr. John Barret.....	107
El ministro Beaupré.....	112
American Legation	113
Consulado americano	114
La política de circunstancias no es la per- manente.....	116
Seis millones de habitantes.....	118
Campo y anchura para 150 millones.....	119
Cifras como para ponerse serio.....	120
Quiero sobre todo ciudadanos	121
Lo que se me ha argüido	123

<i>What a shame!</i>	125
El horóscopo.....	126
Sobre ascuas... ..	128
El extranjero pierde el tiempo no naciona- lizándose.....	131
No caminamos en las tinieblas.....	131
¿Vamos bien así?.....	132
Nota que debe leerse	133
Una suposición.....	134
Toco el fondo.....	135
Peroración	136

ALGUNAS PRODUCCIONES DEL AUTOR

Reglamento para el ejercicio y maniobras de la infantería del ejército argentino, en 8.º, con láminas. — Buenos Aires, 1855.

De Adén á Suez. — Buenos Aires, 1855.

Contestacion a Vicuña Machenna.

Seguridad de la frontera y reforma militar.

Del ejército argentino y bases para el establecimiento de una escuela militar nacional.

Una excursión á los Indios Ranqueles, cuarta edición, con láminas. — Buenos Aires, 1870. — (Obra premiada en el Congreso Geográfico de Paris.)

Bases para la organización del ejército argentino. — Buenos Aires, 1871.

Ordenanzas para el ejército de la República Argentina. — 1876.

Comentarios para facilitar el estudio de las Ordenanzas.

Una huaca. — *La confesión de un pirata*. — *La crisis presidencial en los Estados Unidos*. — Montevideo, 1877.

Atar-Gull ó una venganza africana. — Drama romántico en cuatro actos ; 1864.

-
- Una tia.* — Comedia de costumbres.
Fósforo y civilización.
Cartas confidenciales.
El asalto de Curupaiti. — (Pseudónimo Orión.)
Rabagas. — (Traducción.)
Cartas de Amambay.
Entre paréntesis. — Discusión histórica.
Ensayo sobre la novela en la Democracia. —
Buenos Aires, 1868.
Servidumbre y grandeza militar. — Traducción
de Alfredo de Vigny.
Los proscriptos. — Idem id. de Balzac.
Paris en América. — Idem id. de Laboulaye.
*Naturaleza y tendencia de las Instituciones li-
bres.* — Idem id. del inglés.
Pablo ó el hombre de las Pampas, por Eduarda
Mansilla de Garcia. — Idem id. del francés.
Estudios constitucionales, 2 v.
Recuerdos y retratos, 1 v.
Causeries del jueves, 9 v.
Estudios morales. — Máximas y pensamientos
(con prefacio de Maurice Barrès).
Rozas. — (Ensayo histórico psicológico.)
En visperas.
Mis memorias. — (Infancia. Adolescencia.)
-

Lecornu 50-4-20

ROZAS

(**ENSAYO HISTÓRICO PSICOLÓGICO**)

SEGUNDA EDICIÓN

1 tomo en 18.º, *Biblioteca Contemporánea*. — Tela flexible con filetes dorados. 3 35

MIS MEMORIAS

(**INFANCIA-ADOLESCENCIA**)

1 tomo en 18.º, *Biblioteca Contemporánea*. — Tela flexible con filetes dorados 3 35

EN VÍSPERAS

1 tomo en 18.º *Rústica* 0 50